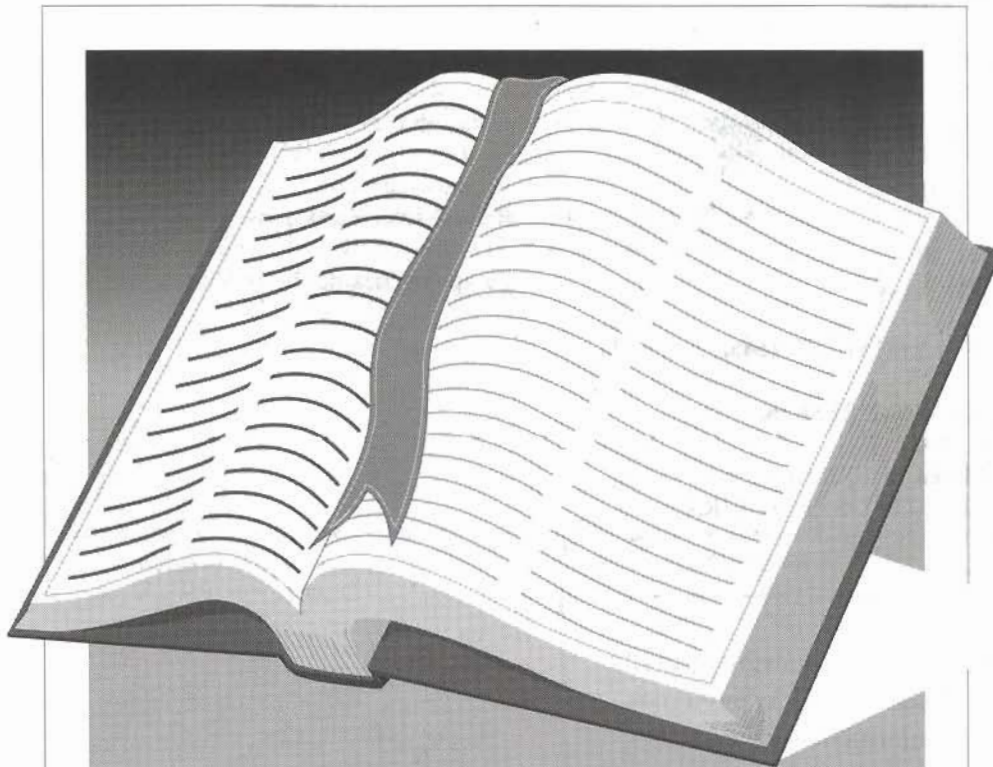


# TU REINO

Nº 10

JUNIO 97 - JUNIO 98



Apologética  
Protestante

## TU REINO

DIRECCIÓN:

Emilio Monjo  
Apartado 5.145  
41080 SEVILLA

EDITA:

Iglesia Presbiteriana Reformada\*

REDACCIÓN:

c/ Huesca, 13  
41006 SEVILLA

DEPÓSITO LEGAL: SE-1645-92

MONTAJE E IMPRESIÓN:

Editorial MAD, S.L.  
Plgno. Merka, c/ B, Naves 1 y 3  
41500 ALCALÁ DE GUADAIRA  
(Sevilla)

## ÍNDICE

Presentación . . . . . 3

Nota sobre un libro esclarecedor . . . . .

Reconocimiento a

Rousas John Rushdoony . . . . . 12

La apologética de Pierre Viret . . . . . 22

Esta revista se distribuye gratis. Si  
desea que se la enviemos  
regularmente, escriba a:

Apdo. 5145. 41080 SEVILLA

\* Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso escrito de los Editores.

## PRESENTACI Ó

*Traemos a nuestros lectores dos artículos de la revista Résister et Construire, a cuyo director, Jean-Marc Berthoud, agradecemos el permiso para su publicación. En uno, Pierre Courthial, decano honorario de la Facultad Libre de Teología Protestante de Aix-en-Provence, al introducir la Teología Sistemática de R.J. Rushdoony, nos coloca en un terreno de reflexión sobre la vigencia y aplicación práctica de la Escritura a todos los ámbitos de la existencia. La misma línea encontramos en la explicación de la apologética de Pierre Viret que hace Jean-Marc Berthoud.*

*Con estos artículos queremos reafirmar nuestra propia posición y, al mismo tiempo, acercar a estos excelentes autores al pueblo protestante de habla hispana.*

Para los que lean francés y estén interesados en el tema, pueden solicitar información sobre la revista *Résister et Construire* o catálogo de buenos libros reformados a: Librarie LA PROVE. Escaliers du Marché 17. CH - 1003 Lausanne. Suiza. Telf. y Fax (021) 312 01 59.

# RECONOCIMIENTO A ROUSAS

## JOHN RUSHDOONY

### *Apreciación de su Teología Sistemática*

(Artículo aparecido como editorial en el n° 36-37 - 1996 - de la revista *Résiter et Construire*. Traducción de Ester Sánchez)

Nos alegramos de publicar como editorial el artículo del Decano honorario de la Facultad Libre de Teología Reformada de Aix-en-Provence, el pastor Pierre Courthial, dedicado a esta obra maestra de teología bíblica y práctica que constituyen los dos volúmenes de la *Teología Sistemática* del teólogo calvinista americano de origen armenio, Rousas J. Rushdoony. Unimos así de todo corazón *Résiter et Construire* al merecido homenaje tributado al Dr. Rushdoony, uno de los más grandes servidores de la Iglesia de nuestro siglo, con motivo de sus 80 cumpleaños.

#### I

El teólogo reformado americano Rousas John Rushdoony, nacido en 1916, acaba por fin de publicar (1994) su *Teología Sistemática*, aunque estaba concluida hace más de una década, después de haber tenido un rodaje paso a paso en grupos de estudio y con el propósito de ser útil a todo el pueblo de Dios en general. Esta obra en dos volúmenes (1227 páginas, sin contar el detallado índice de temas, autores y textos bíblicos) es fundamental para nuestro desafortunado tiempo. Todos los que lean inglés (¡americano, se entiende!) y no les domine una cómoda pereza, deberían procurársela y, Biblia

en mano, leerla y meditarla. No les perjudicará nada, y se encontrarán con una obra apasionante de principio a fin.

"Frecuente" - sin haberle visto nunca personalmente - a R. J. Rushdoony desde 1958, fecha en que leí, en la revista *Torch and Trumpet* a la que estaba suscrito, tres de sus artículos acerca de la inspiración y autoridad de la Escritura. Creo haber leído después casi todos sus libros, con seguridad *By What Standard* (1959, reeditado en 1995); *The Foundations of Social Order* (1968, estudios sobre las confesiones de fe y los concilios de la Iglesia de los primeros siglos); *Thy Kingdom Come* (estudios sobre Daniel y Apocalipsis) y *The One and the Many* (ambos de 1971); *The Institutes of Biblical Law* (1973); *The Biblical Philosophy of History* (1979) y *Law and Society* (1982)

Además, R. J. Rushdoony ha fundado y dirigido la revista mensual *Chalcedon Report*. "Chalcedon" (Calcedonia) hace referencia tanto a un movimiento reformado internacional de reconstrucción cristiana - en plena expansión - como al gran Concilio de Calcedonia (451), con la confesión firme del infalible fundamento de la Escritura/Palabra de Dios, que nuestro Señor Jesucristo, el Unigénito del Padre, es

verdadero Dios y verdadero hombre en esta confesión, rechazando cualquier tipo de deificación pretendida por algún hombre o institución (Estado, Iglesia, etc.), afirma que sólo Cristo es el único Mediador entre el cielo y la tierra: a él se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra (Mateo 28:18). Del mismo modo han sido reconocidos y subrayados los límites y la dependencia de toda autoridad humana legítima, individual o social; Jesucristo, y sólo él, es fuente y garantía de toda libertad verdadera (Gálatas 5:1).

Desde el año 320 (¡16 siglos!) ha habido algún "presbítero" o "pastor" en cada generación de la familia armenia Rushdoony. R. J. Rushdoony, siguiendo esta vocación, ejerció su primer servicio en una "reserva" india; luego se convertiría en un teólogo (¡no académico!) y animador independiente del movimiento de reconstrucción cristiana, con frecuencia mal visto por las "instituciones", poco o nada comprendido, atacado aunque, al mismo tiempo, plagiado - a veces - por sus críticos; desde los años sesenta y sobre todo ahora, es tenido en consideración y seguido por un número cada vez mayor de cristianos, en los Estados Unidos y un poco por todo el mundo.

En oposición al humanismo (el culto al hombre), al antropocentrismo (el hombre/dios, medida de todas las cosas; la civilización apartada de Dios bajo pretexto de neutralidad), R. J. Rushdoony nos insta a reconocer, para vivir por ellos, los derechos regios de Jesucristo sobre todos los aspectos y sobre todas las partes de la existencia humana en este mundo. Nos insta a trabajar humildemente, pero con empeño, en las circunstancias en que nos encontremos y según los dones particulares que hemos recibido, en la reconstrucción del reino del Señor, en la reconstrucción de la cristiandad: primero en nuestro corazón "de donde brotan todas las fuentes de la vida", luego en el matrimonio y la familia, en la Iglesia, en la ciudad

terrena, en nuestro oficio, en la filosofía y las ciencias, así como en las artes; sabiendo que el Dios Creador y Señor es todopoderoso y que "la historia no ha sido jamás dirigida por las mayorías, sino sólo por minorías militantes sujetas incondicionalmente a su fe."

Con el movimiento de reconstrucción cristiana *Chalcedon*, se da una renovación doctrinal y de empresas diversas cristianas por todo el mundo: de América a Filipinas y Japón, de España a Rumania, de Gran Bretaña a Sudáfrica: enseñanza a todos los niveles, labores médicas y quirúrgicas, orfanatos y hogares de jubilados, producción cinematográfica, utilización de los medios de comunicación de masas de todo tipo.

Para Rushdoony en este final del siglo XX, al igual que para Calvino en el XVI, la realeza universal de Jesucristo debe extenderse por todas partes, en el pensamiento y en la práctica, hasta el día en que abarque el universo. Y para eso, la Escritura - Ley de Dios, Ley de Cristo - debe recobrar su autoridad soberana en todos los ámbitos, pues no sólo nos revela la que debe ser la vida "espiritual" de las iglesias y de los cristianos, sino cuáles son las órdenes de conducta del Señor para nuestra vida temporal en la tierra: aquí y ahora.

La *Teología Sistemática* de R. J. Rushdoony, que contiene 19 capítulos, se sitúa menos en la línea (digamos "académica") de los teólogos reformados clásicos (de los siglos XVII al XX) que en la de la *Institución de la Religión Cristiana* de Juan Calvino o de la *Instrucción Cristiana* de Pierre Viret (en el siglo XVI). Dicho de otro modo, toma a brazo partido, en un lenguaje accesible a los hombres contemporáneos, las cuestiones tal como son formuladas ahora, tanto cuando se trata de la creación y de la providencia (cap. 111), de la Santísima Trinidad (cap. IV, V y VI), del pacto (cap. VII), del pecado (cap. VIII), de la salvación (cap. IX, X

y XI), de la Iglesia (cap. XII), de la escatología (cap. XIII), de la oración (cap. XIX), como cuando se trata de la tierra (cap. XV), del trabajo (cap. XVI), del tiempo (cap. XVII) y de la autoridad (cap. XVIII).

La obra magistral de R. J. Rushdoony apunta en efecto - repitámoslo - a la Reforma, a la Reconstrucción cristiana, no sólo en la Iglesia, sino en todos los ámbitos, a la cual el Señor del Pacto llama a todos los suyos hoy: de ahí la proximidad actual, concreta y temporal de esta teología, sea cual sea el "punto" que se trate. Pues la verdadera, la buena teología, para R. J. Rushdoony como para los mejores teólogos reformados contemporáneos, no es ni más ni menos que la aplicación actual de la Palabra de Dios a los hombres de este tiempo; ciertamente dejándonos ayudar y guiar por nuestros hermanos y nuestros Padres en la Fe, y teniendo en cuenta con atención la historia progresiva de la Iglesia y de la teología en tanto hayan sido fieles a la Sagrada Escritura/

Palabra de Dios. La *Teología Sistemática* de R. J. Rushdoony, al igual que la *Institución de la Religión Cristiana* de Calvino, se remite - para tomar lo mejor - a los Padres de la Iglesia, a los grandes Doctores de la Edad Media y a los Reformadores, así como a los Reformadores fieles (los ha habido y los hay aún) de los llamados tiempos modernos.

11

Los capítulos 1 y 11 de la *Teología Sistemática* constituyen una introducción indispensable en la que conviene tomarse todo el tiempo necesario y prestarle la máxima atención; de ello depende la comprensión de la obra de Rushdoony. El capítulo 1 lleva por título *Infalibilidad* y el II *Necesidad de la teología sistemática*.

Me impresionó hasta tal punto la lectura, en 1978, de *Infallibility: An Inescapable Con*

*cept*, publicada entonces en un vigoroso folleto de 69 páginas, que lo he conservado desde entonces con gran esmero. (Por cierto, este folleto lo editó la misma editorial de la *Teología Sistemática*: Ross House Books.)

En la línea de los filósofos reformados del siglo XX, Herman Dooyeweerd (1891-1977) y, sobre todo, Cornelius Van Til (1895-1987), R. J. Rushdoony subraya que todo hombre que reflexiona se remite, sea o no consciente de ello, a la infalibilidad ligada a su presupuesto fundamental. El hombre no se aparta de la soberanía de Dios y de la infalibilidad de su Palabra sino para "infalibilizar" otra cosa. Dicho de otro modo, la infalibilidad es un concepto del que nadie puede escapar. Cuando la infalibilidad de la Palabra de Dios es negado y/o rechazada, la infalibilidad es indefectiblemente atribuida a alguna otra cosa.

Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), tan de moda después de la Segunda Guerra Mundial, no duda en hablar de la infalibilidad de la Evolución (en *El fenómeno humano*).

Hace tiempo que el ídolo Democracia, madre de los totalitarismos modernos soviético y nazi (¡lo cual no incluye a todos los demócratas!), ha exaltado el lema vox populi. vox dei.

El filósofo italiano Benedetto Croce (1866-1952) ha "infalibilizado" la experiencia estética en su *Breviario de estética*.

La infalibilidad está en la base del dogma marxista: la lucha de clases, la dictadura del proletariado, la enseñanza del Partido o el fin de la Historia.

La Iglesia romana, desde el Vaticano I (1870) aprueba como dogma la infalibilidad del papa cuando habla *ex cathedra*.

El existencialista Jean-Paul Sartre, en *El ser y la nada*, enseña que ser hombre es desear ser Dios infaliblemente.

Los individuos y las sociedades caídas sólo pueden, evidentemente, "ínfalibilizar" realidades que son ellas mismas falibles, y llevan, tarde o temprano, a la duda, a la desesperación y a la muerte. (Dios lo ha dicho: "El que peca contra mí, defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte", Proverbios 8:36.)

Por el contrario, la verdadera fe en Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que se revela en su infalible Palabra, da al cristiano seguridad, paz y gozo. La Sagrada Escritura le certifica la proximidad del Señor que habla a los suyos. Sólo la Palabra de Dios es independiente, soberana e infalible. Sólo la Palabra del Dios Uno y Múltiple (Trinidad) hace *consistir* al universo que es uno y múltiple: creación de Dios no dejada a sí misma, pues esta Palabra es Ley que tiene autoridad soberana para enlazar todas las cosas y todo lo que existe y conjuntarlos en Alianza. Al tentador, al Adversario, al padre de división y discordia, respondió Jesús un día con esta palabra de Dios, con esta palabra de la Torá, con la Ley de la Santa Escritura: "El hombre no vivirá sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Deuteronomio 8:3; Mateo 4:4). Y a todas las palabras de Dios, a todas las palabras de la Santa Escritura, todo hombre debe conceder oídos, fe y obediencia.

A la pregunta necesaria y fundamental de la Palabra: ¿cómo sabemos?, ¿cuál es la fuente de la autoridad?, en resumen, ¿quién pronuncia la palabra infalible que enlaza y da sentido a todo?, se puede responder de tres modos:

- a) Sólo el hombre puede dar la respuesta.
- b) Dios y el hombre pueden pronunciar juntos la palabra creadora y fundamental.
- c) Dios es el único que habla creadora e infaliblemente, con plena autoridad.

Con la primera respuesta, el hombre/dios, en la insensata pretensión de pronunciar la palabra infalible, aun cuando ignora el origen de todas las cosas, no tiene nada que decir: su conocimiento, que debería ser exhaustivo, es imposible. Es como una isla en un mar sin orilla; no oye más voz que la suya.

Con la segunda respuesta, la Palabra de Dios, que es la Sagrada Escritura, ya no es más que una palabra subjetiva en la cual, en el nombre y en el lugar de Dios, el hombre edifica su propia palabra y se encuentra abandonado en un vacío.

Es con la respuesta tercera: Dios hablando con plena autoridad y creativamente, y el hombre hablando analógicamente en obediencia, con la que la Palabra de Dios establece infaliblemente la validez y el sentido de las palabras humanas.

La Palabra que expresa a los hombres el señorío de Dios es, pues, el punto último de referencia que determina y regula la interpretación de los hechos y el carácter moral de todas las cosas contra todas nuestras mentiras, utopías e ídolos.

A fin de cuentas se trata de saber qué es lo que va a prevalecer para nosotros, ¿la Palabra de Dios o la palabra del hombre? ¿Quién es infalible?

El segundo capítulo de la *Teología Sistemática*, acerca de *La necesidad de una teología sistemática*, es tan fundamental como el primero.

El capítulo 1 subraya que el fundamento y la norma de la teología es la Palabra infalible de Dios creador y salvador: la Santa Escritura. *SOLA SCRIPTURA*.

El capítulo 11 subraya que la teología no puede llevarse a cabo más que teniendo en cuenta el conjunto (sistema = conjunto ordenado), es decir, la totalidad de la Santa Escritura. *TOTA SCRIPTURA*.

Al igual que el Dios Uno y Múltiple (Trinidad = UNO y TRINO) ha creado y sostiene todas las cosas por su Palabra/Ley y que el mundo creado es un *universo* (uno y diverso, uno y múltiple), del mismo modo, el Libro que él ha inspirado y del cual él es el autor, es un conjunto, un *sistema* uno y diverso, uno y múltiple.

Ciertamente existen dificultades - algunas de las cuales son actualmente insuperables - que encontramos al *leer* la Biblia y en las que tropezamos (al igual que existen también dificultades - muchas de las cuales, insuperables - encontradas por los más sabios, y en las que tropiezan al interpretar el universo). Pero la Escritura *santa* de Dios (al igual que su universo) se presenta con una coherencia dada por el Señor y que tenemos, poco a poco - a lo largo de las generaciones - que descubrir. "Gloria de Dios es encubrir un asunto; pero honra del rey es escudriñarlos," Proverbios 25:2.

Si la teología, en sumisión al Dios coherente que ha creado el universo e inspirado la Escritura con su coherencia, debe procurar ser ella misma coherente, esta coherencia (este carácter sistemático) de la teología no puede buscarse, sin embargo, más que en el reconocimiento de los límites a respetar.

La teología no debe en efecto, nunca, si quiere ser fiel, convertirse en *gnóstica y/o especulativa*, apartándose de los fundamentos bíblicos. El Señor declaró de una vez para siempre: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos," Isaías 55:8.

Rushdoony pone como ejemplo de traspaso de los límites, las posiciones casi blasfe

mas de los teólogos que, especulando con el tema de la elección divina, han disputado sobre supra e infralapsarianismo, como si estuviera permitido y fuera posible penetrar - proyectando los procedimientos del pensamiento humano - en el pensamiento de Dios; o también las discusiones sobre el tema del alma, entre los defensores de la preexistencia del alma con respecto al cuerpo y los defensores de su creación al mismo tiempo que el cuerpo. La teología debe leer y meditar con atención tras aplicar la Palabra de Dios, y rehusar practicar la gnosis o la especulación, saliéndose de lo que revela esta Palabra.

Reconocer fielmente, según la Sagrada Escritura, la soberanía y la predestinación divina, rehusando al mismo tiempo entregarse a la gnosis y a las especulaciones, sabiendo de los límites establecidos por Dios en su revelación, es rechazar de un golpe toda abstracción que conduzca a excluir del alcance y la autoridad de la Escritura a cualquier ámbito, justificando así la pretendida autonomía o neutralidad de dicho ámbito. Eso supondría abandonar al Adversario una parte o aspecto de la creación de Dios, sea la naturaleza, la historia, las ciencias, la política, la filosofía, las artes, etc. El Señor ha dicho: "No te has de inclinar a ningún otro dios, pues Yavé, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es" (Éxodo 34:14). "¿O provocaremos a celos al Señor? ¿Somos más fuertes que él?" (la Corintios 10:22)

Algunos teólogos no han dudado en presentar un mundo de *posibilidades* fuera de la Revelación divina y en plantear preguntas sobre *lo que pasaría* si ...Todas estas preguntas hipotéticas son igualmente blasfemas ya que ponen en tela de juicio el decreto soberano de la predestinación divina que se extiende, según nuestro Señor Jesucristo, ¡hasta el número de los cabellos de nuestra cabeza! (Mateo 10:30). Nada debe ser entregado a la diosa Posibilidad. Afirmar una posibilidad cualquiera fuera del decreto divino, es pretender situarse en el centro de los hechos y acontecimientos sin ningun



na otra significación, es sumergirse en un mundo insensato de abstracciones incoherentes en el que la libertad ya no significa nada. Afirmar cualquier autonomía con respecto a Dios (por ejemplo, el pretendido *libre albedrío* postulado por Erasmo contra Lutero), es rechazar la verdadera libertad/responsabilidad, que sólo tiene lugar, sentido y existencia en un universo y para unos hombres sometidos al Señor que ha creado a todas sus criaturas y reina soberanamente sobre ellas. Para que exista realmente, nuestra libertad/responsabilidad sólo puede ser ordenada y establecida por el Señor todopoderoso del que todas las criaturas dependen en su contexto, en el conjunto co-ordenado de causas, de influencias, de condiciones y de fuerzas, de lo cual nosotros no conocemos más que pocas cosas en relación con el conocimiento fundador, creador y exhaustivo de Aquel que, sólo, establece la realidad de nuestros conocimientos relativos y secundarios.

No hay libertad real y efectiva fuera del decreto soberano de Dios. No hay verdadera libertad sino en (y por) este decreto. Una libertad fuera del decreto de Dios (¡el libre albedrío de Erasmo!) sólo es una libertad imaginaria de la cual el hombre caído tiene tendencia a jactarse, cuando no es más que la pretensión blasfema de una voluntad suicida: "El que peca contra mí, defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte" (Proverbios 8:36). "La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa ..." (léase Romanos 1:18-32)

Los idólatras de la Modernidad que han sustituido el teocentrismo por el antropocén

trismo, el Decreto y el Derecho de Dios, por el decreto y los derechos de los hombres, no cesan, desde hace tres siglos (o seis), de intentar salvar a los hombres mediante políticas con proyectos insensatos. Los hombres, apartados de Dios y de su Palabra/Ley, pretenden rehacer el mundo según su libre albedrío autónomo. Su Dios, su Idea, es el Estado *moderno* con su predestinación, su decreto, con su pretendida infalibilidad. La *Teología Sistemática* de Rushdoony aspira a liberar a los hombres de hoy - y en primer lugar a los *cristianos* - de este ídolo, de esta Babilonia moderna.

Volviendo a la Ley, al Derecho, revelado y escrito en la Biblia; es recobrando el respeto adorador (el *temor* en sentido bíblico) del Señor y de su Palabra, como los hombres conocerán su verdadera liberación.

La Sagrada Escritura - ella sola y en su conjunto - se presenta como Palabra de Dios. Por eso debe ser interpretada y aplicada; pero su interpretación y aplicación no dependen en primera instancia de la crítica (= del juicio) aplicada por la pretendida razón autónoma del hombre - sería aceptar a ésta como autoridad infalible en lugar de la autoridad infalible de Dios, sino de la interpretación (¡divina!) que aporta el conjunto de la Escritura en cada una de sus partes. Dicho de otro modo: la Escritura se interpreta principalmente ella misma; así como interpreta todas las cosas a fin de que en Cristo todas las cosas se hagan nuevas para nosotros en todos los ámbitos de la existencia. Puesto que es un hecho ineludible el que la Biblia es la Palabra del Creador de todas las cosas, ésta no cesa de llamarnos a la fe y a la obediencia, lo cual nos *atañe* a todos los lectores, desde los más sabios a los más simples.

De esta manera, la teología, cuando es sistemática - en el sentido que R. J. Rushdoony ha señalado - contribuye a guiarnos en la ética concreta de nuestra vida en términos de cono

cimiento, de obediencia y de temor (respeto adorador) de Dios. Puesto que este es nuestro Señor/Salvador, vivimos por gracia, bajo el gobierno de su Palabra/Ley que inserta la totalidad de nuestra vida en la totalidad de la creación. En tanto que permanece no-convertido (no-transformado, no-reorientado), el hombre permanece dominado por el pecado, que es, fundamentalmente, separación de Dios, rebelión contra Dios, y no tiene otra visión del mundo y de su existencia (de la que pretende ser el intérprete y el planificador soberano) más que la antropocéntrica. Dios, si existe, no sería más que un auxiliar; desde tal perspectiva, la religión no es más que magia.

Sólo una religión sistemática fiel a toda la Escritura y establecida, viva, en el corazón, en el centro, en el yo del hombre, restituye a éste a una religión (de re-ligare = unir), una relación con Dios, desde la verdadera perspectiva: teocéntrica. Sólo Dios es Dios. "El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala." (Eclesiastés 112:13-14). "Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ... ; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia." (1ª Corintios 1:18-20 y 27-29).

### III

Después de haber resumido la preciosa introducción a la Teología Sistemática de Rushdoony, compuesta por los dos primeros

*TU REINO*

capítulos, me es imposible, claro está, tratar de los diecisiete capítulos restantes, los cuales confrontan con una fuerza singular al lector con la Palabra de verdad y de vida que es la Sagrada Escritura de Jesucristo, la Sagrada Escritura del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Sólo diré, para concluir, que la obra de R. J. Rushdoony demuestra que la teología no es de modo alguno el campo, el coto reservado y vedado de los especialistas exclusivos (¡ay! con demasiada frecuencia teólogos pésimos), sino el inmenso ámbito del conocimiento y de la comunicación, de la meditación y de la aplicación, de la sola Palabra de Dios, y de toda ella. Este ámbito, abierto a todos, abarca, para regirlos por completo, todos los aspectos, todas las partes de nuestra existencia humana, en el contexto del universo creado, sostenido y conducido por el Señor.

Verán, si leen esta magnífica obra, que trata, en conformidad con la Santa Escritura, de la fe, de la oración, de la piedad, de la Iglesia, del culto, de los sacramentos, de la evangelización y de la misión, ¡por supuesto!, pero, además, del hombre y de la mujer, de la tierra, de las naciones, de la política, del Estado, del trabajo, del reposo, del ocio, del tiempo y de la historia, del presente y del futuro, de la filosofía, del arte y de las ciencias, de la justicia y de los castigos, de los ángeles y de los demonios. Y sobre todo, trata siempre de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo y de sus obras de creación, de providencia y de salvación, del Pacto de gracia, de los orígenes hasta la resurrección general y el restablecimiento universal. "Pueblos todos, batid las manos; aclamad a Dios con voz de júbilo ... Porque Dios es el Rey de toda la tierra; cantad con inteligencia. Reinó Dios sobre las naciones." (Salmo 47) ¡AMÉN! ¡ALELUYA!

Pierre Courthial

**II**

# LA APOLOGÉTICA DE PIERRE VIRET

## Una apologética creacionista y presuposicionalista

Jean-Marc Berthoud  
*Résister et Construire* N°  
37 - 38 (Diciembre '96,

Pierre Viret (1511 - 1571), el reformador del cantón de Vaud, amigo y colega abnegado de Guillermo Farel y de Juan Calvino, fue sin duda el ético y el apologista mayor de la Reforma francófona del siglo XVI'. Su apologética está marcada, por una parte, por su sujeción indefectible a la autoridad y al sentido del contenido de todos los aspectos de la Revelación escrita de Dios y, por otra, por su talento consumado en aplicar las enseñanzas de la Biblia a las realidades de la creación, de la Historia y a los acontecimientos de la vida común de los hombres de su tiempo. Defiende una posición apologética que se llamaría hoy *presuposicionalismo*, aunque en la época ese término, evidentemente, no existía. Pues, para él, la Palabra escrita de Dios constituye el presupuesto esencial, indispensable, en toda reflexión fructífera sobre cualquier aspecto de la realidad. Viret es animado por una comprensión maravillosa del hecho de que el sentido de todos los aspectos de la realidad está dado por Dios, el Creador de todas las cosas, y de que es él quien, por su Providencia todopoderosa, dirige

todos los acontecimientos de este mundo. Esta obra creadora y providencial encuentra su punto de referencia esencial en la Escritura. Esto conduce naturalmente a Viret a utilizar, en función del propósito que intenta desarrollar, todos los aspectos de la realidad natural o cultural a que tiene acceso, como punto de partida para llamar la atención de sus contemporáneos sobre las grandes verdades de la Revelación de Dios.

Pongamos un ejemplo. Para Viret, el estudio científico de la zoología no está de ningún modo limitado a los estudios anatómicos de caracteres puramente cuantitativos y científicos. Se diferencia así de nuestros conciudadanos, que viven en un mundo dominado por una visión matemática y por un mundo de explicación marcado exclusivamente por causas eficientes y materiales, y eso a expensas de las causas finales y formales'. Para Viret, como para todos sus contemporáneos, las criaturas de Dios están caracterizadas por cualidades científicas que les son propias. Pero para él es per

1 Véase: Jean-Marc Berthoud: Pierre Viret: The Apologetics and Ethics Of the Reformation. (Ediciones Pierre Viret, Lausanne, 1996) Estudio dado en la Conferencia Westminster de Londres en diciembre de 1995. El presente texto es la adaptación y el desarrollo de una parte de dicha conferencia.

2 Jean-Marc Berthoud: Les différentes formes de causalité et la pensée de la Bible. Positions Créationnistes, N° 25, septembre 1996.

fectamente lícito sacar de estas cualidades propiamente científicas, lecciones referidas a su comportamiento, lecciones que tienen un carácter social, moral y espiritual objetivo. Ejemplos numerosos de un mismo procedimiento analógico abundan en la Escritura, en las fábulas populares, en la poesía y hasta en los refranes del lenguaje corriente. Las lenguas humanas funcionan por naturaleza de este modo analógico. En la época de Viret, tal manera de pensar, que nosotros calificamos de imaginaria o de subjetiva, constituía parte integrante del pensamiento más auténticamente científico. La separación de la ciencia matemática (¡la única verdad!) y todo el ámbito de las ciencias morales (descalificadas como subjetivas) no se realizará hasta principios del siglo siguiente.' Ya que para Viret si existe una diferencia evidente entre las diferentes ciencias y, más particularmente, entre el conocimiento científico y el conocimiento moral y espiritual, no puede consistir en una separación radical de estos diversos ámbitos del pensamiento humano. Existía entonces un marco unificado de todo el pensamiento. La fractura cultural provocada por el dualismo materia-espíritu no llegará hasta la revolución científica del siglo XVII. En contra de la mayoría de los teólogos, quienes se sometieron a esta separación arbitraria, Viret razona de un modo enteramente bíblico en todos los ámbitos del pensamiento. Pues no ha sido víctima de lo que podemos llamar (usando el mismo razonamiento analógico del que él se sirve constantemente) una verdadera cirugía epistemológica, operación que le habría castrado moral e intelectualmente.

Tal empobrecimiento mental (el nuestro) proviene de la habitual aceptación, primero por el ámbito secular, después, de una manera casi completa, por la Iglesia, de la preeminencia en toda nuestra cultura de un modelo de pensa

miento radicalmente reductor: el de las matemáticas. Este modelo concede privilegio únicamente a las causas finales y formales que, por sí solas, pueden dar un verdadero sentido a la actividad intelectual de los hombres. Este modelo, que es el que nosotros llamamos *la visión científica del mundo*, es ciertamente válido para este aspecto limitado de la realidad que le es propio: el de todo lo que es medible. El efecto funesto de esta revolución cultural proviene de que este modelo llegara a ser normativo para todos los aspectos tan diversos de la creación de Dios. Este modelo dirige así la reflexión, que se somete a su imperio, con la pérdida de toda significación diferente de la que nos proporciona la mecánica y las matemáticas. Reduce a la insignificancia a todos los demás aspectos de la realidad que no pueden de ningún modo doblegarse a los exclusivos criterios cuantitativos, sin renunciar, al mismo tiempo, a todo lo que les es propio.

La aceptación de semejante modelo cultural general por la civilización europea a partir del siglo XVII, condujo inevitablemente al desarrollo de desviaciones graves en el plano del pensamiento. Así nació lo que se llama en filosofía el *racionalismo*, es decir, un pensamiento caracterizado por el más puro subjetivismo racional, el impuesto (entre otras) por las ideas, sin duda claras y precisas, pero también *arbitrarias*, de Descartes. Con Kant apareció lo que se llama el *idealismo*, caracterizado por el rechazo de todo vínculo objetivo entre el pensamiento filosófico (el ámbito de las ideas) y la realidad (los fenómenos), cuya aprehensión legítima le era cedida a la nueva ciencia. Pues la *objetividad* era ahora competencia exclusiva de la nueva ciencia matemática y eficiente. Todo lo que no encajaba dentro de lo mecánico y lo medible era relegado al campo poco serio de la *subjetividad*. ¿De dón

3 Ernst Cassirer: *Individu et cosmos*. (Ediciones de Minuit, París, 1983)

4 R. L. Bruckberger: *Ce que je crois*. (Grasset, 1991). También, R. J. Rushdoony: *The Word of Flux. Modern Man and the Problem of Knowledge*. (Thoburn Press, Fairfax, 1975)

de provenían las expresiones denigrantes (impensables antes de la revolución científica) tales como: *¡Esto no son más que palabras! ¡Todo eso es literatura!?* Tal actitud provenía inevitablemente de la adopción de una visión exclusivamente cuantitativa del cosmos. Por eso fueron culturalmente marginados como no comportando ninguna significación verdadera en el orden de las realidades de este mundo, la teología, la metafísica, la ética, la estética, las bellas artes, la percepción de los sentidos, la jerarquía social, el lenguaje mismo, en fin, la misma Biblia, entre otras. Pues desde la revolución científica y el acceso al poder de este modelo cultural, el sentido es determinado no por la Palabra escrita de Dios, ni por el lenguaje de los hombres o por las formas sustanciales permanentes en el orden creado (las especies, los elementos químicos, el lenguaje, etc.), sino por este modelo científico reductor de todo lo real. El reino de esta ciencia exclusivamente matemática, deudora únicamente a las causas eficientes y materiales, es la causa esencial de la crisis de significado de este fin del siglo XX.

Las lecciones morales y espirituales que Viret saca del estudio de los animales, y la comparación precisa que hace entre diversos comportamientos humanos y los de los animales, están fundados en la realidad y la exactitud de la analogía, tan frecuentemente practicada por los autores de la Santa Escritura, entre las realidades tangibles, terrestres, de la creación, y el sentido moral y espiritual (digámoslo: *celestial*) de la existencia de los hombres. Por poner un ejemplo, vean cómo nuestro Señor Jesucristo utiliza los fenómenos más simples de la naturaleza para sacar de ellos las lecciones más sublimes. Tal procedimiento analógico se manifiesta no sólo en las parábolas de los Evangelios sinópticos, sino también en las elocuentes metáforas del evangelio de Juan, mediante las cuales las realidades celestiales son aclaradas por símbolos e ilustraciones extraídas de la vida más corriente de los hombres. Lo que aquí

constatamos es cierto de toda la Biblia, que da testimonio así, en todo momento, del carácter moral y espiritual del más insignificante hecho del universo. Pero nuestro mundo, convertido en materialista, dominado como está por la visión matemática y aceptando como válidos únicamente los razonamientos fundados en las causas eficientes que rigen la mecánica, se ha obcecado totalmente respecto a la variedad y las riquezas de sentido de las que da testimonio cada aspecto de la realidad, a la vez creado y providencial, de Dios.

En su estudio de la teología del reformador de Estrasburgo Wolfgang Capito (1478 - 1541), el profesor Otto Strasser expresa muy bien esta visión "precientífica" del cosmos (y de su sentido), que fue también la de nuestro autor:

*Cuando este reformador (Capito) nos habla de la obra de la Creación, nos sorprende por un detalle que no tiene nada de específicamente teológico. Le interesaría, quizás, igualmente a los aficionados de las ciencias naturales. Capito es uno de los teólogos (por desgracia ya muy escasos) que, hablando de la Creación, ven efectivamente los fundamentos de la naturaleza y que tratan de aproximar todo este ámbito de la naturaleza - como hace realmente la Biblia - al ámbito del Espíritu, al Reino de Dios. Capito no abandona la ciencia natural a su propia suerte y no la degrada, así, al rango de la ciencia profana. Por el contrario, cuida de hacerla entrar por completo en el marco de sus concepciones teológicas. En eso aparece una vez más el carácter católico, es decir, universalista y humanista del pensamiento teológico de Capito. Con mucha frecuencia también, comparaciones sacadas del reino de la naturaleza se congregan bajo su pluma denotando un conocimiento profundo del orden físico. Uno tiene la impresión (algo que no podría afirmarse de todos los teólogos) de que Capito no sólo trata del locus Creationis Por~*

que la tradición teológica lo exige, sino porque está animado por un verdadero amor hacia esta naturaleza, que es la Obra de los seis días.'

Para alcanzar este propósito, Viret no limita su razonamiento simplemente al hecho de extraer las consecuencias lógicas de los textos bíblicos (como es, a veces, el caso de los defensores de una apologética fundada únicamente en la Biblia). Él busca por todos los medios un terreno de acuerdo con sus interlocutores, terreno común que permitiría fructíferos intercambios. Pero en ningún momento Viret piensa que pueda existir un terreno *religioso* común, compartido a la vez por cristianos y no cristianos. En este error cae toda la tradición apologética racionalista, como sería el caso, por ejemplo, del teólogo inglés contemporáneo Alister McGrath, el cual adopta un método apologético con fundamento racionalista por el que entra en una discusión lógica (un diálogo entre iguales) con sus adversarios. En su ingenuidad epistemológica, no piensa siquiera abordar la cuestión de los presupuestos filosófico-religiosos que sustentan toda la discusión de sus adversarios no cristianos. Así, en un reciente tratado de apologética cristiana, piensa poder poner en oposición las posiciones apologéticas de Juan Calvino (muy próximo aquí a Viret) y las de Cornelius Van Til. ¡Llega hasta a identificar la andadura enteramente centrada en la Biblia de este último, con la dialéctica irracional de Karl Barth!<sup>6</sup> La debilidad fundamental de McGrath (como es en cierto grado, el caso de Tomás de Aquino o C. S. Lewis) está en no apoyarse en un punto de vista plenamente bíblico en lo que concierne al alcance exacto de la caída sobre el funcionamiento efectivo de la razón humana. Esto conduce a McGrath a sobreestimar (al igual que su maestro Lewis) el papel y la eficacia de argumentos puramente lógicos en la tarea de la apologética cristiana. Este optimismo racional, desgracia

damente, va unido con frecuencia a una acentuación demasiado débil de los siguientes elementos de la apologética:

- La aplicación detallada de la Escritura a la argumentación.
- El papel determinante del Espíritu Santo para convencer al hombre.  
La soberana e irresistible gracia de Dios.
- La necesidad de la oración y de una estrecha comunión con Dios en todo el trabajo apologético.
- El eje central de la vida del hombre no es su razón, sino su corazón: el nudo en que se atan todas sus convicciones religiosas más profundas.

Es evidente que, tanto para Calvino como para Van Til (Viret y todos los grandes reformadores comparten este punto de vista), la razón es un don inestimable de Dios concedido a los hombres para permitirles que le conozcan y descubran el orden que ha establecido en su creación. Pues para ellos se trata de un Dios que se revela a los hombres (de manera siempre verdadera, pero ¡jamás exhaustiva!) usando un modelo conceptual perfectamente adaptado, a la vez a las facultades intelectuales de que ha dotado a la naturaleza humana y a las estructuras estables de la realidad. Pero el fundamento del pensamiento de estos seres creados por Dios a su imagen no es otro que el pensamiento conceptual de Dios mismo, tal como ha sido infaliblemente manifestado en las páginas de la Biblia. Esta revelación cierta y normativa insta a los hombres a ejercer el mandato que Dios les había dado al principio: llamar a todas las criaturas por su nombre, con el fin de someterlo todo al orden sustancial determinado por el Creador. La apologética cristiana forma, así,

<sup>5</sup> *La pensée théologique de Wolfgang Capiton. (Secretaría de la Universidad, Neuchâtel, 1938, p. 54)* 6  
Alister McGrath: *Bridge Building. Effective Christian Apologetics. (IVP, Leicester, 1992)*

parte integrante del mandato creacional del hombre.

Pero este don magnífico de Dios: nuestras facultades racionales, se encuentran hoy en un estado de funcionamiento lamentable. Pues desde la caída, desde la determinación por el hombre (y no por Dios) de la diferencia entre el bien y el mal, los sistemas de pensamiento autónomo de los hombres (es decir, independientes del pensamiento divino) funcionan a partir de presupuestos erróneos, que se encuentran en oposición radical con la Revelación de Dios. La razón por sí sola, consecuentemente, no puede ya ser considerada como constituyente por sí misma de un instrumento fiable de comunicación verbal entre el hombre y Dios, del hombre consigo mismo, de los hombres entre sí y, ni siquiera, como medio seguro y plenamente adecuado de conocimiento del orden de la creación por el hombre. Todo debe ser rectificado, corregido. Lo que la tradición tomista llama la recta razón no puede usarse más que para una razón reparada y purificada por la obra de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo en la inteligencia humana. Así, contrariamente a lo que pretende la tradición apologética racionalista, una razón en estado de disfuncionalidad no puede constituir, en ningún caso, un terreno común que permita establecer un diálogo apologético fructífero entre cristianos y no cristianos.

Este terreno común entre cristianos y no cristianos existe, sin embargo, para Van Til y para Calvino' (y esto es aún más cierto respecto a Viret), pero no está fundado únicamente en el simple uso argumentativo de la razón; lo está tanto en las formas sustanciales de la creación, en las estructuras de la realidad creada (sea humana o cósmica), como en la historia de

los hombres, que manifiesta la mano directora de la Providencia divina'. Se trata aquí de basarse en lo que G. Voecio (1588 - 1676), el notable adversario holandés del catolicismo romano, del arminianismo y del cartesianismo, llama, según el pensamiento aristotélico-tomista, las formas sustanciales, formas que constituyen el armazón inmutable de la creación y que forman, en consecuencia, parte de la experiencia común de todos los hombres.

Pongamos un ejemplo muy actual. No puede haber un terreno intelectual común entre creacionistas cristianos y evolucionistas no cristianos (¡o cristianos!) en el campo de las hipótesis científicas. Una argumentación directa oponiendo estos dos sistemas, tropieza irremediabilmente con callejones sin salida, ya que los dos sistemas de hipótesis son, lógicamente, irreconciliables en tanto que sus presupuestos diverjan entre sí. Pero los hechos creados (e interpretados) por Dios - los cambios microscópicos observables en el marco de la estabilidad macroscópica de estas formas sustanciales que son las especies - pueden ser observados por todo investigador, sea cristiano o no, por medio de las percepciones sensibles dadas por Dios a todos. Algunos, cuyo pensamiento está ordenado según el modelo divino, reconocerán en ellos las formas sustanciales del orden creado por Dios. Otros, completamente cegados por sus falsas ojeras intelectuales, serán incapaces de percibir en ellos estas formas estables, que para ellos constituyen sólo etapas fugaces en una larga evolución, la cual no es más que el fruto de su imaginación. Es absolutamente imposible para el partidario de las especies estables convencer al defensor de la evolución de las especies respecto a la realidad científica de estas formas sustanciales estables, si no obtiene primero por parte de

7 Charles Partee: *Calvin and Classical Philosophy*. (E. J. Brill, Leiden, 1977). También: Cornelius Van Til: *Common Grace and the Gospel*. (Presbyterian and Reformed, Nutley, 1974)

8 Véase el estudio de M. Berthoud, *Le monde à l'empire de Pierre Viret: une conception de l'histoire au XVIe siècle*. (Memoria de Licenciatura de la Universidad de Lausanne, 1996. Disponible en la Biblioteca Cantonal y Universitaria de Dorigny/Lausanne)

Dios la renovación de la inteligencia de su interlocutor. Para percibir correctamente el orden de la creación es necesario una transformación espiritual. Es necesario que el ciego llegue a ver. Sin embargo, es posible para entablar una conversación útil con el incrédulo, utilizar estos hechos establecidos por Dios en su naturaleza específica y en su sentido permanente, pues, reconocidos o no, estos hechos creados y ordenados por Dios son comunes a la observación de cada uno. Pero el cambio del corazón y el desbloqueo, la transformación de la inteligencia de quien no ve, son, a fin de cuentas, la obra del Dios viviente, quien únicamente puede hacer brotar argumentos deducidos a partir de hechos comunes a todos los hombres, a fin de abrir los ojos de los ciegos.

Ahora bien, si Viret se mantiene sobre el elevado terreno de su presupuesto fundamental, según el cual la Biblia tiene completa autoridad en todas las cosas, no duda, sin embargo, en utilizar la realidad completa, tanto creacional como cultural, la cual comparte con sus contemporáneos, para promover la causa de la verdad divina. Su caminar apoloético es, pues, a la vez *creacionista* y *presuposicionalista*. Antes de ver cómo podríamos intentar seguirle en tal método apoloético, necesitamos reconocer las dificultades acumuladas en el camino de la apoloética cristiana por las consecuencias epistemológicas de la revolución científica del siglo XVII y sus efectos culturales. Aceptando la verdad del modelo cosmológico proveniente de la absolutización de la visión científica del mundo, la filosofía moderna se ha inscrito en la vía de un proceso creciente de destrucción de las modalidades normales del pensamiento. Con el subjetivismo de Descartes (1596 - 1650), el idealismo de Kant (1724 -1804), la dialéctica

de Hegel (1770 - 1831), el dinamismo irracional de Nietzsche (1844 - 1900), la tradición filosófica moderna ha vuelto hoy la discusión apoloética mucho más difícil de lo que era en el siglo XVI'. Eso es lo que han comprendido una pléyade de teólogos y filósofos reformados, tales como Abraham Kuyper, Cornelius Van Til, Herman Dooyeweerd, Francis Schaeffer, Pierre Courthial, Rousas Rushdoony y Greg Bahnsen. Todos, en diverso grado, han optado por el método presuposicionalista. Así, en su labor apoloética, no persiguen atacar directamente los argumentos lógicos de sus interlocutores, sino, en primer lugar, minar los presupuestos, con frecuencia no confesados, que sustentan su discurso racional. Los defensores de la apoloética racional tradicional más directa, tales como C. S. Lewis y Alister McGrath, apenas parecen ser conscientes de las dificultades religiosas suscitadas por las enfermedades inherentes al pensamiento del hombre, por naturaleza idólatra,

Así Viret, situándose históricamente en una época que precede a la aparición de este clima intelectual tan nocivo, característico del pensamiento moderno, nos proporciona indudables ventajas. Pues este clima deletéreo ha provocado numerosos obstáculos nuevos en la comprensión del sentido dado por Dios a la realidad. Estos obstáculos eran mucho menos patentes a mediados del siglo XVI. Fue, pues, mucho más fácil para Viret utilizar todos los aspectos de la realidad de su tiempo en su esfuerzo por conducir a sus oyentes y a sus lectores a aprehender el hecho de que son las Escrituras las que nos revelan, a fin de cuentas, la respuesta última dada por Dios a todas las cuestiones que el hombre pueda plantearse.

9 Jean Brun: *Vérité et Christianisme*. (Libreria Bleue, Troyes, 1995); L. Jugnet: *Problèmes et grands courants de la philosophie*. (L'Ordre français, 1974)



Pero hay que añadir aquí que nuestro conocimiento de la realidad se limitaría tan sólo a la Escritura y a las preguntas existenciales que en ella encuentran respuesta. Tal conocimiento de lo real es inherente a las estructuras de los hechos mismos, estructuras que Dios mismo ha dado a la creación y a la historia a través de las formas sustanciales precisas y estables que les ha atribuido. Pero estas formas creadas no pueden, en último análisis, ser claramente percibidas más que por inteligencias centradas en la Biblia y dirigidas por ella - como la de Pierre Viret -. Insisto: se trata del conocimiento de la realidad, no de su sentido último. Éste sólo puede provenir de la Revelación escrita de Dios. La terminología apologética que utiliza Viret puede parecer reflejar, a veces, un procedimiento puramente racional. Pero esto se explica por el hecho de que para él la razón humana y la Biblia no se sitúan en polos opuestos, y en que no son en absoluto enemigos. No; para él, al igual que para Van Til o Schaffer, la Palabra de Dios constituye por sí sola el fundamento de una razón que funciona correctamente. Hablando de los hombres que reaccionan con violencia ante los benéficos afectos de la enseñanza del Evangelio, los compara a brutos hipócritas anegados en la superstición, a infieles e idólatras (como él los llama), incluso a animales:

*Son bestias salvajes que no tienen el uso de la razón propio de los que están bien instruidos en la Palabra de Dios`*

Así, para Viret, estar bien instruido en las Escrituras representaba una garantía segura de hacer buen uso de este don precioso de Dios: nuestras facultades racionales. Lo que hoy llamamos en el lenguaje moderno *apologética*, no era para Viret (y para todos los reformadores) otra cosa que la predicación clara y fiel de la

Palabra de Dios aplicada directamente a las circunstancias de su tiempo, y eso en todos los ámbitos de la vida. Así, la apologética, la predicación de la Palabra de Dios y la proclamación del Evangelio, eran para ellos acciones íntimamente unidas. Con esta predicación-apologética-evangelización se trataba de llevar cautivos a la obediencia a Cristo a todos los pensamientos descentrados y falsos de los hombres. Todo debía ser conducido a la sumisión conceptual y práctica a la Palabra soberana de Dios. Esta obediencia de fe y por el Espíritu Santo a esta Palabra divina, que engloba todo la realidad, no es más que la manifestación actual del Reino de los Cielos en la tierra.

¿Cómo procede Viret? Pongamos un ejemplo sacado de su maravillosa *Metamorfosis cristiana*". Para llegar a la gente corriente, comienza a enumerar proverbios y dichos populares mostrando, al mismo tiempo, la verdad y los límites de éstos; presta así atención al sentido profundo de los aspectos más simples de la vida cotidiana. Dirigiéndose a los humanistas de su tiempo, citará en favor de ellos a autores de la antigüedad con quienes tenían rasgos familiares. A causa del carácter creado y providencial de la realidad, común a todos los hombres, las reflexiones y observaciones concretas de los autores antiguos confirman ciertas enseñanzas contenidas en la Escritura. Viret puede mostrar a continuación a sus lectores que la Palabra de Dios les permite tener una comprensión mucho más satisfactoria de estas cuestiones, muy útilmente discutidas por los sabios de la antigüedad.

En una larga sección consagrada a la condición del hombre, Viret comienza por una serie de observaciones anatómicas y fisiológicas. Demuestra así el miserable estado físico que posee el hombre (comparado con las con

10 Pierre Viret: *L'intérim fait par dialogues*. (Peter Lang, Berne, 1985, p. 25 I )

I I Pierre Viret: *Métamorphose chrétienne, faite par dialogues*. (Genève, 1561, 558 págs.)

diciones que poseen los animales) desde su nacimiento y durante toda su primera infancia. Mediante este desvío, capta el interés de los sabios de su tiempo. Cita después, dentro de este tema de la miseria humana, consideraciones de filósofos y poetas de la antigüedad (en este caso Platón, Plinio y Ovidio). De este modo capta la atención de los humanistas literarios del Renacimiento. Y es sólo después de haber preparado tan cuidadosamente a su lector, cuando Viret le explica el sentido verdadero de esta miseria tan patente de los hombres. Lo hace introduciendo al que llama *el más grande de los filósofos*: Job. Es sorprendente que habla aquí, no del carácter inspirado del libro de Job, sino de Job como *el príncipe de los filósofos*. De hecho, experimenta tal confianza en la veracidad de la Escritura en relación con todos los aspectos de la realidad de los que habla, que no duda en hacer uso de todos los aspectos de las actividades culturales e intelectuales de los hombres para intentar alcanzar, de una manera concreta y práctica, las fuentes de interés de sus contemporáneos. Pero su punto de partida es siempre a la vez bíblico y creacional, nunca un terreno intelectual común, hipotéticamente neutro, que conduciría a un *diálogo* donde cristianos y no cristianos se encontrarían en un plano de *igualdad*. Así es como trabaja en encaminar a la obediencia a Cristo a todo pensamiento humano perdido y deformado. Esa es la verdadera tarea de la apologética cristiana.

Para terminar, les daremos una muestra del modo como Viret procede al evocar la increíble riqueza de la revelación general de Dios contenida en su creación. Este diálogo pertenece a una discusión sobre el papel de las imágenes en el culto cristiano. El diálogo tiene lugar en un jardín tapiado:

Jerónimo - *Estoy muy asombrado de la locura de los que dicen que es necesario tener imágenes para hacernos recordar a Dios.*

Eustaquio - *¿Qué inconveniente encuentras en eso? ¿Piensas que no es bueno para la pobre gente corriente tener algún parecido de Dios? Pues hay algunos de ellos que son tan rudos e ignorantes que no se acordarían jamás de Dios ni de sus santos si no ven su parecido.*

Jerónimo - *No es mi intención negar que sea muy útil o muy necesario tener siempre el parecido y la imagen de Dios ante nuestros ojos. Pero te pregunto, Eustaquio, si te parece que sea necesario pintar al dios Baco ante los ojos de los borrachos, o una jarra y un vaso, para avisarles de beber. ¿Temerías que los buenos criados olvidaran sus obligaciones si no tuvieran tales pinturas para animarles a ello? ¿Te parece también que correspondiera pintar ante un lujurioso, la imagen de su lujuria para traerla a la memoria?*

Eustaquio - *No ocurre eso respecto a Dios. Pues un borracho se acuerda más bien demasiado del vino. Igualmente, un lujurioso se acuerda demasiado de su lujuria, ya que ha puesto en ella todo su corazón, de tal modo que, aún encontrándose en cien lugares lejos de ella, no la podría olvidar. Pero nosotros hacemos todo lo contrario respecto a Dios. Porque, aunque todos los días recibimos innumerables beneficios de su parte, sin embargo, no hay cosa que olvidemos tan fácilmente como a él. Por eso necesitamos tener algunos medios para traerlo a nuestra memoria.*

Jerónimo - *En eso podemos conocer, evidentemente, la ingratitud y desconocimiento del hombre y el afecto que tienen por Dios aquellos que no pueden acordarse de él si no tienen imágenes para hacérselo recordar. Pues, si tales personajes amaran a Dios tanto como ama un borracho el vino, y pusieran su corazón en él tanto como un lujurioso lo pone en su lujuria, o la lujuria en su lujurioso, no buscarían en absoluto imágenes que se lo re*

presentaran. Porque la dulzura que el corazón cristiano encuentra en él, y la necesidad que de él tiene el hombre en todas las horas y minutos, le deben dar suficientes ocasiones de tenerlo perpetuamente en su memoria. Pero, puesto que es cuestión de imágenes, ¿cuáles podrían escoger más bellas y mejor esculpidas en vivo, que las que Dios mismo ha pintado y esculpido con su mano? Pues todo este mundo, ¿qué es sino un templo de Dios en el que él se representa y se manifiesta a nosotros? Todas sus criaturas, ¿qué son sino vivas imágenes de él? ¿Qué es todo el recinto de este mundo visible, sino un escaparate en el que Dios, este soberano obrero, ha mostrado sus obras para darnos a conocer, a través de ellas, el obrero que es y cuanta admiración y reverencia le debemos tener? Y para ver la prueba de esto, no salgamos fuera de este jardín, buscando testimonios más lejanos. Sino consideremos sólo cuántas clases de imágenes de su poder, sabiduría y bondad, Dios nos ha puesto aquí delante de nuestros ojos. Pues hemos visto tantas como plantas, hierbas, hojas y flores, verdaderamente más vivas y más reales que todas las imágenes que los sacerdotes tienen por sus templos. Porque en los de los sacerdotes no hay ni vida, ni olor, ni provecho, ni utilidad alguna, ni cosa, sea la que fuere, que nos pueda representar a Dios en nada, ni sus dones y gracias. Ya que los ídolos no nos representan más que la obra del hombre que los ha hecho, no la obra de Dios, que los ha maldecido. Pero las criaturas de Dios, y sus obras, nos representan a su Creador y al Hacedor de ellas. Por lo cual, es completamente evidente que la hierba más insignificante que hay en todo este jardín es más digna de ser llamada imagen de Dios que todas las imágenes hechas por los hombres desde el comienzo del mundo. Pues, si el hombre no estuviera completamente embrutecido y desprovisto de sentido y de entendimiento, encontraría muchísima más belleza, utilidad y provecho en una sola hoja de hierba, que en todos estos monigotes. Ya que no hay

en ellos utilidad alguna, ni algo de lo que el hombre pueda servirse. Igualmente, no hay ninguna belleza natural, sino disfraz y mentira. Pues hay tanta diferencia entre las imágenes que nos ha formado Dios y las que son pintadas por la mano del hombre, como entre una cara natural y una máscara, o un rostro real y uno falso. Ahora bien, piensa cuál prefieres de los dos. Del mismo modo, considera si un simple labrador no encontrará más hermosas y vivas imágenes de Dios en su jardín, en su huerto, en su campo, en su viña y en su casa, que en todos los templos de los ídolos. ¿No es así, Teofrasto?

Teofrasto - Nadie puede contradecir tus razones. Pero, si en la más insignificante criatura que Dios ha creado encontramos la imagen de Dios pintada tan vivamente, consideremos la imagen tan próxima a Dios que encontraremos en el hombre, el cual Dios ha creado y formado propiamente a su imagen y semejanza, algo que podremos conocer fácilmente si queremos reflexionar sobre ello con diligencia. Y la deducción de la materia que tenemos por tratar, nos servirá grandemente al respecto. Sin embargo, vayamos a la consideración del hombre a partir del punto en que nos encontramos. Y, a través de ella, aprenderemos, si es que no somos de muy torpe entendimiento, la ciencia más alta, más distinguida y más necesaria que el hombre pueda aprender: a saber, conocer a Dios y su providencia y bondad, y conocerse a sí mismo, y cómo debe ser, tanto respecto a Dios, como respecto a su prójimo. Así que, para entrar en materia y para llegar mejor al conocimiento de nosotros mismos, comencemos por la fragilidad y miseria del hombre.

Es fácil imaginar la gran utilidad que podría tener tal procedimiento apologético hoy. La riqueza de tal método se distingue, tanto por el afecto que demuestra hacia cada una de las palabras pronunciadas por el Dios viviente

y recogidas en la Biblia, como por el interés intelectual prodigioso que manifiesta hacia la realidad creada y providencial y, en último lugar (pero sin ser por eso la consideración menos importante), por el ardiente amor que en ella encontramos hacia todas las clases de la sociedad. Al igual que el apóstol Pablo, Viret se hace así de todo a todos, se interesa por cada aspecto de la vida de sus contemporáneos a fin de ganar al menos a algunos de ellos para el Evangelio de Jesucristo.

La apropiación de las diversas facetas de este método apologético, podría aportar un feliz correctivo, tanto a la tentación de caer en

las abstracciones filosóficas y teológicas que caracterizan frecuentemente a un método apologético fundado exclusivamente en la Biblia, como una cierta ingenuidad epistemológica muy corriente en la argumentación de una apologética que pretende ser únicamente lógica, racional y factual. Pero, por encima de todo, una atención renovada hacia los métodos apologéticos desarrollados por Pierre Viret, podría ayudarnos a salir del callejón sin salida nefasto provocado por esta separación tan corriente hoy en todos los medios cristianos preocupados por la evangelización; separación entre predicación, apologética y proclamación del Evangelio.

### Nota sobre un libro esclarecedor

Alfonso Roper. *Filosofía y Cristianismo. - Pensamiento integral e integrador -* (Terrassa. Barcelona: Clic. colección "Pensamiento cristiano". 1997)

El autor de esta obra fue redactor de la revista *Nueva Forma*, prestó sus discursos en las conferencias "Reina Valera", escribió algún libro y artículos con cierto sonido y voluntad de moverse en los espacios evangélicos reformados. Luego, a juzgar por la referencia verbal que he recibido de algunos hermanos, "no se sabía muy bien por dónde se encontraba su posición teológica." La lectura de este libro esclarece la cuestión - aunque su contenido no sea tan claro; escrito muy arrebujadamente - No se trata, pues, aquí de hacer una reseña del mismo (con el tiempo usado en su lectura ya es suficiente), sino de indicar que su autor se ha colocado de manera muy definida en un bando: el del evangelio humanista, terreno amplio, sin duda. donde se puede caminar con un poco de Hegel, algo de Kierkegaard, una buena dosis de Tillich, o de cualquier otro padre de la fe antropocéntrica. Ha abrazado la bandera del falso evangelio. Ese evangelio contra el que trabajaron y escribieron, por ejemplo, F. Schaeffer y Van Til., Desde ese falso evangelio nos propone síntesis e integraciones que, aunque las quiera presentar como novedosas, son ya argumentos' muy conocidos en contra de la fe. Son propuestas en las que no' cabe la vergüenza de la cruz fuera del campamento. Para realizarlas, con el aplauso de la gloria que viene de los hombres, se tendría que travestir a Cristo para hacerlo atractivo a la mente enemiga de su cruz. Por eso el mensaje que el libro presenta es una palabra que pervierte el evangelio de Cristo. No se trata de una palabra neutral, es una palabra escrita contra el calvinismo histórico. Es una palabra sin Cristo que proclama la paz sin Cristo. Por eso es también una palabra muerta y derrotada.

Aunque sea triste, no, hay mas remedio que señalar que el autor se ha colocado con los falsos profetas. Lo normal en casos así es que el endurecimiento de la razón (sea o no "sentiente") vaya en aumento y que cada día se caiga mas hondo en el pozo de la sabiduría de este

Emilio Monjo

*Pero este don magnífico de Dios: nuestras facultades racionales, se encuentran hoy en un estado de funcionamiento lamentable. Pues desde la caída, desde la determinación por el hombre (y no por Dios) de la diferencia entre el bien y el mal, los sistemas de pensamiento autónomo de los hombres (es decir, independientes del pensamiento divino) funcionan a partir de presupuestos erróneos, que se encuentran en oposición radical con la Revelación de Dios. La razón por sí sola, consecuentemente, no puede ya ser considerada como constituyente por sí misma de un instrumento fiable de comunicación verbal entre el hombre y Dios, del hombre consigo mismo, de los hombres entre sí y, ni siquiera, como medio seguro y plenamente adecuado de conocimiento del orden de la creación por el hombre. Todo debe ser rectificado, corregido. Lo que la tradición tomista llama la recta razón no puede usarse más que para una razón reparada y purificada por la obra de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo en la inteligencia humana. Así, contrariamente a lo que pretende la tradición . apologética racionalista, una razón en estado de disfuncionalidad no puede constituir, en ningún caso, un terreno común que permita establecer un diálogo apologético fructífero entre cristianos y no cristianos.*